

Programa de Lengua y Cultura de Pueblos Originarios Ancestrales

Pueblo Colla

Orientaciones para el Educador tradicional o Docente

Relato: Valentina, una niña colla. Parte 1

“Me llamo Valentina y vivo en Paipote entre cerros de minerales de cobre, que es la riqueza más grande de Chile y soy descendiente del pueblo colla.

Yo vivo con mi mamá Eliana, mi papá Israel, mi hermano Claudio, mi hermana Charline, mi sobrino Martín y mi bisabuela Rosa que tiene muchos añitos, como 85 dice ella.

Vivo en pleno desierto, pero mi casa tiene árboles y pastito que cuidamos y regamos casi todos los días para que no se sequen. A mí me encanta este lugar porque tiene un patio bien grande, y mi gata Chambumba puede andar de allá para acá.

El nombre de mi pueblo, Paipote, quiere decir “melancolía del desierto”. Dicen que es una palabra de la lengua mapudungun, y es el nombre que los mapuches le habrían dado a este lugar según mi abuela Candelaria, que es la mamá de mi mamá.

Los fines de semana voy con mi familia a un sector de Copiapó que se llama Piedra Colgada, allí tenemos un terreno con olivos, que es el árbol que da las aceitunas. Yo riego los olivos y aprovecho de mojarme un poquito. Me gusta jugar en la tierra y lo paso bien allí porque puedo correr y saltar.

En la escuela está la tía Nidia, ella nos enseña los números en quechua, del uno al diez: huk, iskay, kimsa, tagua, tithqa, soqta, qanchis, pusaq, isqon y chuku. El cero es ciru. También nos enseña palabras en esa lengua, como, por ejemplo, hoy amanecí kussi (alegre).

A mí me han contado que también viven familias colla en otros lugares como Copiapó, Tierra Amarilla, Diego de Almagro y El Salvador que son lugares donde están las más grandes minas del país.

La tía nos cuenta que los colla se trasladaban de un lugar a otro de la cordillera y eso se llama trashumancia, porque andaban llevando a los animalitos para donde pudieran comer mejor. En verano vivían en las zonas altas de la cordillera con sus animales y en invierno



vivían en los valles, donde construían viviendas de piedras, que tapaban con ramas de espino.

Estas viviendas que eran temporales tenían tres piezas: una para dormir, otra era una cocina con fogón y una tercera era el granero. Además, tenían un altar doméstico, me contó la abuela Candelaria.

Mi abuela Candelaria vive en San Luis, que queda lejos de Paipote. Antes, ella tenía muchos animales: cabras, ovejas y burros que llevaba a zonas altas de la cordillera para que tuvieran harto pasto y agua. Allí dejaba a los animales durante un tiempo y cuando nacían sus crías, los traía nuevamente al pueblo.

Ahora ella no tiene animales porque es mucho trabajo y está viejita.

Las familias colla que aún viven en las quebradas tienen muchas cabras. De ellas obtienen leche y hacen queso de cabra.

(Adaptación del texto “Valentina una niña descendiente del pueblo colla, en Paipote.”
Publicación de la Junta Nacional de Jardines Infantiles, JUNJI.)

Relato: Valentina, una niña colla. Parte 2

“En las comunidades colla se celebra la “señalada” que es cuando se marca en la orejita a los animales para reconocerlos cuando se pierden. También se celebra el “floreo” para pedir por la protección y multiplicación de los animales. A ellos se les colocan flores de lana de muchos colores en las orejas.

Mi abuelita Candelaria tiene un telar artesanal de pie y con la lana de los animalitos teje y hace bufandas y ponchos, que luego vende, pero a veces también regala. Aquí en la escuela tenemos unos tejidos de ella.

Es mi abuela Candelaria la que siempre me dice que no debo perder mis tradiciones ni mi origen, me recuerda que somos colla y por eso es por lo que celebramos nuestro Año Nuevo el 24 de junio y el día de la Pachamama, que es el 1 de agosto. Ese día le entregamos a la tierra un animalito que hemos criado para agradecerle todo lo que ella nos da.

“Nosotros, los colla, somos solidarios, todos nos tenemos que ayudar”, dice mi abuela. Por ejemplo, cuando hacemos la ceremonia de la Apacheta, que es un altar hecho de piedras levantado en honor a la Pachamama.



La Apacheta simboliza la naturaleza, en ella siempre hay sal, hojas de coca, fósforos y harina tostada, que dejan las personas para los caminantes. Y cada persona que toma algo deja a cambio alguna ofrenda para el próximo viajero.

La rogativa de la Apacheta la celebramos en nuestro centro ceremonial El Bolo, y como está en el cerro, todos subimos en procesión al compás de un bombo que toca el yatiri. Luego nos colocamos en círculo alrededor de la Apacheta y hacemos una rogativa individual, dónde le pedimos por nuestra salud y por la de nuestros animalitos. Sobre todo, pedimos que no nos falte el agua, porque siempre es muy escasa. A la Apacheta le dejamos de regalo una piedra y la rociamos con un chorrillo de aguardiente. “Hasta le depositamos unas moneditas como un acto de reciprocidad”, dice la abuela Candelaria. Este año yo le traje una piedra de Piedra Colgada y se la dejé de regalo.

Arriba en la cordillera corre mucho viento y hace mucho frío. Por eso nos colocamos un pañuelo en la cabeza y mi mamá y mi abuela una chupalla. Mi abuela Candelaria siempre dice antes de partir, que no olvidemos llevar ponchos para el frío y un trozo de queso de cabra e higos rellenos con nueces para comer.

(Adaptación del texto “Valentina una niña descendiente del pueblo colla, en Paipote.”
Publicación de la Junta Nacional de Jardines Infantiles, JUNJI.)

